

Lee el texto con atención.

Después, responde las preguntas.

Despacio, no tengas prisa.

El Auriga Hispano

Augusta Emerita. Agosto, 30 a.c

Marcus Musculus había pasado el día en los establos situados cerca del circo máximo. Hoy era día de carreras y sus impecables caballos blancos, lo sabían. De hecho, toda la ciudad lo sabía. Él, el primero. Pues de su victoria, dependía su vida.

Se había quedado sin dinero, por ir desperdiciándolo en cualquier taberna de la ciudad, donde se pasaba largas horas bebiendo el mejor vino Hispano que se podía encontrar en todo el mediterraneo. Así lo eran también sus caballos, que los tenía bien protegidos en los establos.

Había hecho de los establos, su lugar privado, que incluía, una zona de apuestas, totalmente amañadas, que enriquecieron su fortuna. Fortuna que iba dilapidando por ahí, y es por ese motivo, por el cual necesitaba ganar la carrera de hoy.

Toda la ciudad iba a estar ahí. Se decía que hasta el mismo Octaviano acudiría, sin saber que tenía asuntos más importantes que tratar en Alejandría.

Quién sí iba a visitarlo, era su amigo Alexandros Solius, pero no por el motivo que él esperaba.

Así pues, y al son de las trompetas, toda Augusta Emerita acudía en masa al circo. Las apuestas empezaban a recibir grandes cantidades de sestercios, la moneda oficial romana de la ciudad, las tabernas se llenaban de curiosos, mientras los aurigas se vestían con sus mejores galas y preparaban con cariño sus carros y caballos.

Todos los aurigas eran novatos en esta ocasión, pues Marcus Musculus, se había preocupado de amañar, una vez más, la carreras, y estaban ya de camino al circo, que con sus más de 400 m de longitud y 100 m de anchura era el mayor de los edificios de espectáculos de la ciudad y, junto con el anfiteatro, era el que gozaba de los favores de un público más dado a emociones fuertes que a cultas obras teatrales.

¡30.000 espectadores rebosaban en el circo! Todos estaban preparados, pero no había rastro de Marcus Musculus.

Alexandros Solius llamó a la puerta de la Domus de Marcus Musculus, una casa enorme que tenían en la ciudad las familias de alto nivel económico. Obviamente, él la había conseguido de otra manera. Y no, no fue ni por sus amañeos, ni sus victorias en el foro. Fue por acabar con la vida del padre de Alexandros. Esa Domus, había sido la casa de su amigo Alexandros.

Pero eso, no lo sabía. O eso se pensaba él.

Al ver que nadie le había la puerta, entró, y lo que vio, le dejó sin palabras. El cuerpo de Marcus Musculus yacía en su dormitorio con la máscara puesta. Siempre corría con ella y sólo se la levantaba en caso de victoria.

Hoy no sería el día.

Nadie sabe si fue coincidencia que Alexandros llegara a la ciudad ese mismo día, pues se empezaba a rumorear que conocía el secreto de la muerte de su padre. Lo que sí pasó, es que estando sentado cogiendo la mano de su amigo, un grupo de guardias pretorianos irrumpió en la Domus y se encontró la escena.

Alexandros intentó explicarles la situación, sin obtener mucho resultado. Tenía que elegir: salvar el honor de su amigo y correr por él en el circo, o acabar muerto.

Correcto, eligió lo primero. Se zafó de la guardia, se puso la máscara y corrió todo lo rápido que pudo hacía el circo, que estaba a casi 1km de distancia desde allí. Las trompetas habían dejado de sonar, eso significaba que la carrera estaría a punto de empezar.

Las casas de apuestas desconocían en ese momento que Marcus Musculus no iba a participar, y apostaban a favor de él, como era de costumbre. Todos estaban en sus puestos. No iba a llegar a tiempo.

Pero sí lo hizo, pues con el nombre de Ariston, había vencido dos años antes la carrera del stadion en los juegos olímpicos.

Lo colocaron en su lugar rápidamente. Tanto que no le dio tiempo a prever la salida y casi se cae de la cuadriga.

Salió el último, y fue así hasta la vuelta 4 de las 7 en qué constaba la carrera. La gente se empezaba a impacientar. Abucheos y gritos a todo pulmón. Lanzaban todo lo que tenían en sus manos en señal de repulsa.

Alexandros empezó a remontar. Esos caballos corrían más rápido que ningún caballo antes criado en Hispania. Adelantó, adelantó y siguió adelantando hasta sonar la última vuelta. El último giro de la metae lo situó en cabeza.

¡Había ganado!

Tras unos metros, se quitó la máscara y todos pudieron ver quién era en realidad, el auriga que llevaba la ropa, la máscara y los caballos de Marcus Musculus.

Sí, todos lo conocían, y supieron entonces que los rumores eran ciertos sobre la muerte de su padre. Y así, en un momento, había dignificado a su familia, recuperado su Domus y vencido, dos años después, en una inesperada carrera de cuadrigas.